

Ciudades Latinoamericanas, Memoria y Política .

Claudia Galindo Lara.

Cita:

Claudia Galindo Lara (2007). *Ciudades Latinoamericanas, Memoria y Política. XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Asociación Latinoamericana de Sociología, Guadalajara.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-066/100>

Memoria: imágenes de la catástrofe y olvido

Claudia Galindo Lara

I.

El vínculo entre la memoria y la política es ambiguo, tenue y en ocasiones, difícil de descifrar. Sin embargo, paradójicamente, no se concibe una sin la otra. La función de la política es elaborar una suerte de “administración” del pasado con el fin de mantener el poder, lo cual implica, por un lado, una especie de edición de los eventos, un manejo selectivo del olvido y de lo que merece ser recordado y por el otro, una elaboración de los acontecimientos futuros bajo la promesa de lo que se aspira a lograr como colectividad y finalmente, lo que habrá de heredarse a las futuras generaciones.

La política entendida como poder legítimo tendrá entonces el monopolio del pasado y del futuro desde el presente mismo. Simultáneamente la “otra” política, desde abajo o desde afuera (como se quiera mirar) elaborará su propia construcción de memoria. Su versión de lo que conviene o urge recuperar, así como de los eventos que sería pertinente heredar.

En los regímenes democráticos la disputa por la memoria será central y constituirá su esencia misma. Tales regimenes se nutrirán de una permanente deliberación sobre las diferentes memorias y los distintos olvidos. La argumentación y tematización de sucesos será parte de la dinámica constitutiva que articula a la sociedad y estará sometida a una prueba permanente. Desde el poder se intentará homogeneizar la memoria y desde lo colectivo se cuestionará de forma permanente el pasado. Será pues, una lucha por generar un recuerdo compartido y legitimado o bien, por hacer visibles “otras memorias.”

Con el olvido sucede lo mismo. En este punto, cabría preguntarse: ¿A quien le corresponde designar “la sombra proyectada de lo político sobre la memoria”?¹ Se verá en este sentido, la necesidad de delimitar un borramiento, una especie de “estrategia del olvido” que podrá ser, por una parte, una ruta temporal para elaborar un duelo o para reconstruir la historia.

Por esta vía se arma la necesidad desde el Estado de “proteger” contra “los peligros de la rememoración” que surgen de la memoria de sus propios males. Pero este afán de obliteración institucional no responde únicamente a la orden de no recordar las desgracias para poder ir hacia delante y reconstruir tejidos dañados por eventos que han desgarrado el

¹ Nicole Loraux, “De la amnistía y su contrario”, en Yerushalmi y otros, *Usos del olvido*, p.27.

“sí mismo cívico.” Es también arrebatarse el monopolio de la reconstrucción de eventos, lo cual lleva a rozar peligrosamente el filo de la censura.

Tenemos pues, dos vertientes: una práctica vigilada de la memoria cívica con candados, que recorta o transforma acontecimientos para evitar el desorden y el conflicto en aras de la “reconciliación democrática,” o mejor dicho, la posibilidad de “restablecer el intercambio.” Acto que nos recuerda un tanto a la voluntad general, al bien común por encima de los intereses particulares, a costa de sacrificar lo que resulte afrentoso. Esto al estilo ateniense, evitaría sobrecargar la vida política.² El problema es que de este elogio del olvido, a la llana prohibición, la prescripción de la remembranza y a la “borradura de las quejas” hay sólo un paso a la censura. ¿Cuál sería el tono útil para la política? Una cosa es la reivindicación del olvido y otra muy diferente, el interdicto de la misma.

El dilema entre la amnistía (amnesia convenida) que previene y evita procesos futuros dolorosos y el camino que borra actos pasados desde el poder, debido a que se posee el monopolio del recuerdo, nos lleva a un registro amplio y hace inevitable la pregunta: ¿En realidad la política es hacer como si nada hubiera pasado?³

Afirmar que nada doloroso se ha producido, es decir, que no existe resentimiento ni rencor, implica la idea de “borramiento del conflicto.” Desde la mirada de quienes detentan el poder la apuesta es por una especie de dosificación del olvido. Esto quiere decir, que se parte de que somos seres que no recordamos, o recordamos poco y mal.

La vertiente del olvido alejaría la noción de política como resolución de conflictos, como necesidad de negociar, pactar, ceder. Esto implica ir mucho más allá del “olvido de los males” de la supresión de la cólera y pensar en la construcción de lazos ciudadanos con todo lo que ello implica de amargo y difícil.

Sin embargo, de “la memoria en carne viva” habría que pasar a una performatividad de la misma, es decir a dar un cauce a la indignación y la ira, que tal vez sería a partir del acto de compartir con los demás los eventos, darles un sentido político en donde lo cívico se constituya como censor de la memoria. Esto es, dar paso a que la idea de comunidad se restablezca no por venganza, sino por restitución de lo político.

² Al respecto, conviene ver en Mary G: Dietz, “Arendt and the Holocaust,” el apartado correspondiente a “La solución griega,” p.p. 91-93.

³ *Ibid*, p.35.

II.

El dilema aparece como sigue. Por un lado, una de las características de la política ha sido su “presentismo.” Aquí podemos ejemplificar con la ruta efímera de los diarios. Nadie puede negar que no hay nada más obsoleto que un periódico del día anterior o una noticia ya vista por la televisión. Sería entonces un reto, el establecer un vínculo cercano entre el pasado y la política, porque tal vez a través de un proceso de regeneración de la memoria es como realmente se puede restituir la ruta de la política y no volver a caer en los mismos errores. Pareciera ser que esta es la apuesta que han seguido los “emprendedores de la memoria,” como los denomina Jellinek, quienes dotan de un nuevo significado a la política al apelar a la recuperación de la memoria colectiva.

Esto nos lleva a un segundo punto. La época Moderna fue una búsqueda de homogeneización de la memoria que hoy no existe más. Ya en su momento, Benjamín, Arendt y otros, que parten de manera cercana a Heidegger y su crítica al predominio de la técnica, pusieron en duda la homogeneización del recuerdo y la continuidad en la historia. Esta versión hoy es recuperada y actualizada por Huyssen en la mayoría de sus trabajos, pero principalmente en “En busca del futuro perdido,”⁴ donde la tesis es que este afán por ir hacia el pasado es precisamente, la ausencia de expectativa respecto a un futuro. El autor alemán afirma que sí bien en la Modernidad el pasado aparecía manipulado y controlado, había posibilidad de pensar en un futuro, gracias a la linealidad de los tiempos. Al respecto, dirá: “Hoy no hay más que pasado. Este fin de siglo no generó una nueva visión de futuro.”⁵ En este panorama, Huyssen encuentra “La sensación de que en la actualidad el pasado es evocado para proveer aquello que no logró brindar el futuro en los imaginarios previos del siglo XX”.⁶

Es en este sentido, que para estos tiempos lo que resta es la lucha por el patrimonio de los espacios en el afán por redimir o cuestionar el pasado. En esta línea, también lo que nutre es el lenguaje. Por otro lado, lo que se pierde con el siglo pasado serán los íconos de la memoria del poder: el monumento y el museo y el archivo.

⁴ Huyssen Andreas, *En busca del futuro perdido*, México, edit. Fondo de Cultura Económica, Instituto Goethe, 2002.

⁵ *Ibid.*, p. 7.

⁶ *Ibidem*, p. 7.

Espacios de memoria

En nuestros días, uno de los ejes que recupera memorias será la territorialización del espacio público. Para Jellin y Langland⁷ la disputa por los espacios públicos como lugares donde se reconstruye la memoria, será el eje del debate. Hay aquí una marcación de los lugares donde han sucedido eventos dolorosos, relevantes o de importancia colectiva. Este anclaje a memorias del pasado implica una suerte de disputa con el poder establecido por la significación y la lectura que se da de los eventos que tuvieron lugar allí. Constituyen espacios comunes que en su fisicalidad son reconocidos por el Estado como patrimonio común y que, sin embargo, son retomados, adquieren nuevo significado y al ser lugares de escenificación de acontecimientos, se transforman colectivamente y son demandados por la colectividad. Es una apelación a los *loci memoraes*. Es decir, espacios que adquieren un significado colectivo a partir de determinado evento y que aparecen cargados de sentido, al permitir la performatividad de los sucesos. Son lugares donde “se recuerda no sólo lo vivido, sino las memorias posteriores a lo vivido.”⁸ De esta manera, la significación del lugar adquiere matices con el agregado del paso del tiempo, la mirada que nuevos sujetos le otorgan, la reafirmación del sentido original o bien, la reasignación de nuevos sentidos a partir de la huella que deja el paso del tiempo. Se da con esto, una redefinición de marcos interpretativos y de nuevos sentidos.

Pero ahora no importa tanto ver qué sucede con las futuras interpretaciones, sino más bien, cómo se da la polémica por el significado de dichos lugares entre quienes sufrieron o vivieron algún evento en ese lugar y el sentido que la autoridad legítima le quiere dar. Es una pugna por la apropiación de la memoria y la lectura del evento que se generó en el pasado.

Las autoras mencionan que “los emprendedores de la memoria” serán aquéllos que tienen la agencia y voluntad humana a favor del recuerdo.⁹ Volver al sitio donde ocurrieron los eventos, narrar la historia, contar lo sucedido hace que un espacio físico adquiera un determinado sentido y se convierta en el lugar físico y el de enunciación. Hay pues una doble vertiente, por un lado, los emprendedores que promueven la marca, que pueden ser

⁷ Jellin, E. Y Langland V. *Monumentos memoriales y marcas territoriales*, Madrid, SXXI.

⁸ *Ibid*, p. 3.

⁹ *Ibidem.*, p. 3.

las víctimas o sus descendientes, o bien aquéllos que se comprometen con la causa de la memoria y aquéllos que después le otorgan un sentido. Hay pues una dualidad entre la búsqueda de memoria desde los emprendedores de proyectos (víctimas, sobrevivientes, defensores de una causa) y lo que podríamos denominar “los expertos” (la acción gubernamental, los “intelectuales orgánicos”).

La marca territorial es pues un vehículo de memoria que tiene intencionalidad narrativa y es el esfuerzo por representar espacios con eventos, cargarlos de memoria. Así, plazas, parques, lugares públicos se convierten en el espacio físico donde se rememora un acontecimiento. Aquí lo relevante es la discusión sobre la posesión del poder representacional, es decir, quien puede dictaminar sobre lo que representa y la performatividad que se le da.¹⁰

En la disputa por el predominio del significado de determinado territorio, aparece la pluralidad como representación. Son posibles miradas diversas sobre lo acontecido que se confrontan y contrastan en un espacio físico y que cuestionan de manera permanente a la versión única de quienes detentan el poder.

El testigo y el lenguaje

Con el lenguaje ocurrirá algo similar a lo que vemos en el tema del espacio. Ahora las palabras nombran desde quien las emite y no son patrimonio del poder. La pluralidad de relatos permite que no exista una narrativa que se imponga. Será como señalaba Arendt “una trama narrativa,”¹¹ que por sus características, es plural, representa a diversos grupos y es sometida a debate.

Sebald, quien se dedicó desde el margen a crear metáforas sobre los sucesos de Alemania en la primera mitad del siglo XX, nos recuerda que el análisis literario de los escritores modernos austriacos permite un esbozo de la sociedad burguesa y la Modernidad en su relación con el pasado. En este aspecto, el lenguaje lo dice todo. Señala el autor: “El concepto de patria es relativamente nuevo. Se acuñó precisamente en el momento en que la patria dejó de ser un sitio donde permanecer y en el que individuos y grupos sociales enteros se vieron obligados a darle la espalda y emigrar. Por ello, ese concepto, como no es

¹⁰ *Ibidem*, p.9.

¹¹ Ver: Hannah Arendt, *La Condición Humana*, Barcelona, Paidós.

raro que ocurra, está en relación mutua con aquello a lo que se refiere. Cuanto más se habla de la patria, menos existe ésta.”¹²

Es la apropiación a partir de la memoria, de eventos, situaciones, nombres que en su mismo nombrar se están diluyendo. Sebald considera que Broch, Joseph Roth, Schnitzler, mientras más escriben sobre la patria, más se ejercitan en el exilio. Es pues un ilusionismo complejo que “tiene plena conciencia de su propia insostenibilidad.”¹³

Lo mismo ocurre con los judíos, que antes de su igualdad jurídica ya habían dado inicio a una emigración interior del campo hacia las ciudades. Y que al parecer de Sebald, esto lleva a una remembranza del origen que lleva a escribir incluso con alocuciones ya en desuso, ante la nostalgia del nuevo hogar burgués.

El mundo burgués encarna en sí mismo todo lo que hay que conservar, aún cuando ya no exista: la familia, el matrimonio, el honor de la mujer, a los cuales habrá que apelar junto con una serie de códigos en un mundo que se desintegra pero al que hay que nombrar, representar, mantener, en una palabra, conservar. Es como menciona Marc Augé¹⁴ que el recuerdo se construye a distancia como una obra de arte ya lejana, que por tanto, se hace acreedora al título de ruina. Esto a raíz de que el recuerdo ya desgastado es convertido en metáforas que dejan de serlo y se tornan imágenes y “capas, sedimentos, permanecen y otros se pierden son “sedimentos dislocados por los temblores de una corteza envejecida.”¹⁵ Es decir, capas enteras de mi pasado sucumben sin dejar huella, pero otras permanecen deformadas o idealizadas a partir del lenguaje que se mantiene con tenacidad para nombrar lo que el mundo ya se encargó de transformar. Aquí cabría preguntarse sí lo que denominamos es realmente o nuestro código se aferró a un pasado que ya no es capaz de explicar.

El pasado se convierte en ruina y simultáneamente se incorporan nuevas palabras al lenguaje: exilio, refugiado, genocidio, holocausto. Todo esto ocurre, de acuerdo con Sebald, “mientras se agita la nostalgia de volver realmente a casa y hacer que la memoria repique todas las campanas de la infancia.”¹⁶

¹² Sebald, Winfried George, *Pútrida patria. Ensayos sobre literatura*, Barcelona, Anagrama, 2005, p. 110.

¹³ *Ibid.*, p.111.

¹⁴ Augué, Marc, *El tiempo en ruinas*, Barcelona, Gedisa, 2003, p. 13.

¹⁵ *Ibid.*, p. 14

¹⁶ Sebald, *op cit.* p. 118.

Se busca en un mundo cada vez más inhóspito la conservación del gueto, que se da no sólo en el lenguaje, sino en la reproducción de todos los hábitos de este mismo gueto que, “antes de que se de su disolución, es ya confiado al pasado”.¹⁷

También en esto Arendt tiene razón cuando afirma que los hechos suceden y no tenemos un código que permita explicarlos, nos seguimos aferrando a un marco conceptual que es estrecho y en el cual no encontramos palabras que den cuenta de lo que acontece.

El archivo y la catástrofe

Para Benjamin¹⁸ la Modernidad es leída como catástrofe y ruinas y la moderna concepción de historia muestra sus límites conceptuales.¹⁹ En él, la catástrofe invoca no sólo al progreso, sino también al regreso. El multicitado “ángel de la historia” a partir de la imagen de Klee, lo dice todo. Se opone a las poderosas imágenes de la inevitabilidad del progreso, y el avance de la técnica aparece vinculado al curso catastrófico de la historia. Posterior al historicismo hay un eterno retorno del regreso, de lo fragmentario y como señala Aguilera en su interpretación sobre Benjamín, en éste hay una “metafísica teologizante.”²⁰

Lejos de la idea mesiánica benjaminiana, Didi-Huberman nos recuerda que no sólo es el carácter discontinuo o fragmentario de la historia, sino que hay la intención del borramiento de los archivos. Al referirse al tema de los campos concentracionarios, menciona que junto con las herramientas que hicieron posible la desaparición de las personas, se eliminaban los archivos, es decir “la memoria de la desaparición.”²¹ Lo que implicaría “una manera de mantenerla para siempre en su condición de inimaginable.”²²

Aquí la paradoja es que precisamente el olvido del exterminio tiene que formar parte del mismo exterminio. Buscar la invisibilidad del acto y de allí que se le nombre “solución final”, donde la pretensión era que no quedaran restos de memoria posibles. Así, sin restos y sin memoria, la intención era no poder imaginar.

¹⁷ *Ibid.*, p.p. 118, 119.

¹⁸ Al respecto, ver el trabajo de Antonio Aguilera, *Huellas, marcas, indicios: las voces silenciadas (variación sobre el concepto de historia de Benjamín)* en Cruz Manuel (comp.) *Hacia donde va el pasado. El porvenir de la memoria en el mundo contemporáneo*, Barcelona, Paidós, Biblioteca del Presente, # 21, 2002, p.p.93-124.

¹⁹ *Ibid.*, p. 93.

²⁰ *Ibid.*, p.94.

²¹ Didi-Huberman, *Imágenes pese a todo. Memoria visual del Holocausto*, Paidós, Biblioteca del Presente, 27, 2004, p. 42.

²² *Ibid.*, p.42.

En el mejor de los casos, se buscará la adaptación del archivo a un código conceptual existente, y en el peor, hacia su desaparición y borramiento total.

Sobre las ruinas del historicismo

La continuidad de la historia tiene su referente en una explicación del mundo donde no hay lugar para desvíos o discontinuidades y se respalda en un relato homogéneo, en el Museo, el archivo y el monumento. El monopolio del recuerdo lleva adicionalmente a que éste se materialice en una práctica historiográfica que justifica un estado de cosas dado, donde la tarea es someter al olvido todo aquello que sanciona al poder y consolidar en el presente, y en lo posible, en las futuras generaciones, el culto a esta memoria institucional. Otro de los temas, será infundir confianza en un código común compartido y “presentar como eterno y necesario lo histórico y contingente.”²³

El vínculo entre la memoria y la política transita entonces también, por el papel que ha jugado la historia como sostén que legitima a la autoridad y a un determinado *statu quo*.

Por tanto, a la versión contemporánea donde lo que predomina es la pluralidad de relatos, habría que agregar una resignificación del papel que la historia ha jugado como dadora de sentido. Es en este aspecto que los estandartes que apoyan la memoria histórica: el monumento y el Museo, han modificado su presencia como dadores de sentido a una memoria colectiva construida desde el poder.

Monumentos

La monumentalidad en su versión tradicional, constituye el ideal del poder para representar a los héroes que gestaron hazañas. De esta forma, al caminar por plazas públicas, parques y calles, nuestra mirada se interrumpe con personajes y figuras que quedaron en bronce para que recordáramos el heroísmo de sus actos.

Una reinterpretación moderna, sin embargo, asume que los monumentos tradicionales promueven el olvido público. La existencia de figuras en un espacio común implica que ya no representan importancia alguna para los vivos y su mera presencia sería la constatación del olvido al que fueron sometidas.²⁴

Lo anterior nos lleva a interrogarnos sobre el propósito social y político que conlleva la construcción de monumentos, el marcaje de ciertos espacios, y a decidir el respeto y la

²³ Manuel Cruz, *Filosofía de la historia*, Barcelona, edit. Paidós, año p.22.

²⁴ Young, James, “Cuando las piedras hablan”, Puentes, año 1, número 1, agosto 2000, cit en Achugar, *El lugar de la memoria*.

conservación de ruinas. Estos elementos se convierten en vehículos de memoria que son parte de un debate estético también. Aquí conviene preguntar: ¿Quién tiene el poder para dictaminar? En este aspecto no puedo resistir ejemplificar. Siempre me he preguntado a quien se le ocurrió que todos los mexicanos queríamos recordar al prócer panista Manuel J. Clouthier cada vez que pasáramos por la Av. De los Insurgentes y Vito Alesio Robles. Sin duda para un sector de la población, colocar una figura monumental de bronce del dirigente era vital para mantener en la memoria las acciones sobresalientes de este hombre, pero, ¿Eso autoriza a la apropiación de un espacio común a todos? Lo mismo podría decirse de un sinnúmero de figuras, pensemos en la víctima de magnicidio immortalizada en el Paseo de la Reforma, Luis Donaldo Colosio, sin ir más lejos. Sólo puedo decir, me gustaba Vito Alesio con su ancha vereda plena de árboles, sin templetes ni rotondas.

En este esfuerzo por marcar espacios con memoria como vemos hay desacuerdos, y la duda surge inevitable: ¿Qué es lo que conviene recordar? ¿Es realmente cuando hemos olvidado que solemos convocar para monumentalizar?.

De estos cuestionamientos procede el movimiento denominado “contramonumento” que ha surgido recientemente en Alemania,²⁵ que sugiere la hipótesis de que los monumentos son piezas que se perdieron en el siglo XX y que serán anacrónicas en los tiempos por venir, puesto que promueven el olvido público tranquilizando las ansiedades de la memoria activa al remplazar el recuerdo con el carácter objetual.

La función tradicional del monumento es abiertamente desafiada, sería en esta lectura, un arcaísmo de la Modernidad que en el fragmentario mundo actual no podría ser unificador de criterios memorísticos. Pero aún así, los Estados tienen necesidad de monumentalizar. Achugar, en su trabajo nos recuerda este principio cuando afirma: “El monumento se ha transformado en un lugar de combate y pugna de significados, es más un sitio de conflicto que de valores e ideales nacionales compartidos.”²⁶

La explicación sobre las razones que llevan a esta confrontación puede ubicarse según el autor en que en estos días, el monumento no es ya un mensaje unívoco, es más un elemento que se despliega en un escenario de luchas de sentido, en donde hay una definición de distintos “nosotros” y una competencia entre diversas memorias.

²⁵ Ibid, p. 10.

²⁶ Ibid, p. 11.

Como vimos anteriormente, hoy ciertos espacios *mnémicos* se convierten en lugares donde se desarrollan pugnas por la apropiación de la memoria. Son lugares cargados de sentido y constituyen marcas de significado. El sello característico de la memoria en nuestros días es pues su sometimiento a debate y su hasta cierto punto, fractura. El discurso hegemónico como reordenador de la memoria pública aparece cuestionado y ahora tiene que dialogar con “otras” memorias.

Esto confirma lo que mencionábamos al principio sobre Huyssen y otros autores,²⁷ quienes argumentan que el afán de recordar se ha dado en estos tiempos, precisamente porque la memoria llegó a su fin. Lo que se pone en duda es el triunfo de la voz del poder que impone una memoria para todos. Entonces, más que una liquidación de la memoria, a lo que asistimos es a un desenvolvimiento diferente de la misma. Al difícil tránsito de una visión monolítica a una pluralidad de relatos.

El Museo y el archivo

Es este el caso también del Museo, espacio que es producto en simbiosis con el historicismo. Según Deotte, el Museo como espacio de memoria, sería, al igual que el monumento, un vestigio de siglos pasados que ve seriamente alterada su fisonomía y su función para el siglo XXI. El dispositivo original del Museo era que el espectador podría ser conducido a tomar el lugar del testigo ideal que debería dar testimonio.²⁸ Sin embargo, aún cuando se trata de la misma imagen, su dispositivo formal ya ha dejado de afectarnos. Sólo contemplo, ya no soy testigo. Al respecto señala el autor: “Deviniendo imagen y conduciéndome tras de sí, ingresa en otra temporalidad y me la hace recorrer a mí que hoy puedo contemplarla.”²⁹

De esta forma, en el Museo, la pintura, la obra, el artefacto, se vuelven un lugar de memoria intencional: conmemoran un hecho significativo. Es esta monumentalidad que permite en la actualidad su recolección en un museo de historia mediante un tratamiento (a cargo de los curadores) que puede ser neutralidad y documentalismo. De esta forma, el cuadro es un documento intencional memorial explícito que a lo largo de todo el siglo XIX cumple con esta función.

²⁷ Deotte, Jean Louis, *Catástrofe y olvido. Las ruinas, Europa, el Museo, Santiago, edit. Cuarto propio, 1998.*

²⁸ Deotte, *op cit.*, p. 39.

²⁹ *Ibid.*, p. 40.

No en balde, analiza el autor, los Museos son las instituciones surgidas de la Revolución Francesa y de la necesidad de legitimar al poder. Su carácter de universal, público y cosmopolita lo presenta como “abierto a todos.”³⁰

Europa en este sentido, es la inventora del Museo por una necesidad de producir totalidad estética a partir de una colección de fragmentos. Las huellas *mnémicas* aparecen de origen fragmentadas. Son, como bien señala el autor, “fragmentos desprendidos de obras que ya perdieron sus finalidades y destinos. Trozos arruinados de una sociedad que se ha desplomado.”³¹ Sin embargo, el discurso oficial se encarga de dotarlas de una coherencia y continuidad de la cual carecen.

En ese momento, el Museo es el lugar donde se despliega un espacio político para la memoria reconstruida por el poder. Armada a partir de la recolección de fragmentos, a los cuales, como señala el autor, el poder les da más relevancia en función de que contribuyan a dar continuidad a una historia que se quiere contar.

La esencia del arte y la idea de lo bello también se someterán a esta finalidad. A la idea de escribir una historia que sirva para que una comunidad se identifique a partir de un pasado común. El autor afirma: “Así como no hay comunidad sin escritura o huellas tampoco hay sin colección de fragmentos: sin lugares de puesta a distancia de objetos retirados del mercado o del uso.”³²

La paradoja del Museo es que, por un lado, lleva el arte a la más alta similitud, y por la otra, prosigue indefinidamente el trabajo de extracción y esto es debido a que es un producto que alcanza su florecimiento en los siglos XIX y XX, imbuido en el culto moderno a los monumentos que “apuntaba a la viviente reconstrucción de un hecho histórico.”³³

Esta visión historicista del mundo confluye con la idea romántica de desarrollo, racionalidad y necesidad. Al concebir la idea de la historia como un proceso necesario, el cual se manifiesta y se realiza en la razón, no habrá cabida para nada irracional o inútil. Por tanto, no hay espacio para épocas de barbarie o decadencia ya que toda historia aparece revestida de racionalidad. En este punto, la historia no cuenta con elementos suficientes

³⁰ *Ibid.*, p. 32.

³¹ *Ibid.*, p. 73.

³² *Ibid.*, p. 110.

³³ *Ibid.*, p. 42.

para dar cuenta de “lo nuevo e inesperado.” Ante cualquier situación inédita, el analista se enfrenta a la carencia de herramientas conceptuales que den cuenta de lo sucedido.

En el historicismo hay una interpretación que niega lo singular e irrepetible. Al concebir la idea de evolución como “fluencia unificadora”³⁴ se incurre en un infinito proceso que necesariamente conducirá a la perfección. Esto forzosamente excluye “la memoria de los otros” o los periodos de ruptura. Sí consideramos los actos humanos como impredecibles y ajenos a la posibilidad de predecir resultados, tendremos una visión en donde el cálculo no llevará necesariamente a efectos sometidos al control. El monumento y el Museo pertenecen a una idea de proceso o de búsqueda de la perfección a partir de la memoria. El recuerdo aparece unificado, controlado, predecible y congruente.

Para Arendt, quien se distingue por su rechazo a la explicación historicista, el concepto de proceso “implica que lo concreto y lo general, la cosa o hecho singular y el significado universal, son concomitantes, es la unidad de lo finito e infinito. El proceso (...) ha adquirido así un monopolio de universalidad y significado.”³⁵

En nombre de lo anterior, el siglo XIX en el afán de armar la idea de evolución, dio al objeto más insignificante un valor objetivo.³⁶ Se trataba de un valor historiográfico para los objetos. Paralelo al valor histórico de los objetos, el archivo tiene un papel más bien conservador. La idea es “conservarlo en el estado en que se encontraba y restaurarlo en función del conocimiento que ya tenemos de él.

Este tema es explicado por Danto³⁷, dentro de la dicotomía arte moderno-arte contemporáneo. Afirma: “El modernismo marca un punto en el arte antes del cual los pintores se dedicaban a la representación del mundo.”³⁸ Es decir, hay una desviación en donde de la actitud representacional se pasa a una actitud en donde los medios de la representación se vuelven objeto de ésta.”³⁹

Esto a su vez conduce a que el Museo cambie de ser un depósito de materiales para defender una determinada tesis, a uno donde no hay un relato al que los contenidos del Museo se deban ajustar. En el mundo contemporáneo el Museo es ya, en palabras de Danto

³⁴ Friedrich Meinecke, *El historicismo y su génesis*, México, edit. Fondo de Cultura Económica., año, p. 254.

³⁵ Hannah Arendt, “El concepto de historia antiguo y moderno” en *Entre el pasado y el futuro*, año, p. 73.

³⁶ Deotte, *op cit*, p. 42.

³⁷ Danto, Arthur C., *Después del fin del arte*, Barcelona, Paidós, 1997

³⁸ *Ibid.*, p. 29.

³⁹ *Ibidem*.

“un campo dispuesto para la reordenación constante” y será “causa, efecto y encarnación de las actitudes y prácticas que definen el momento posthistórico del arte.”⁴⁰

Si antes la identidad del arte estaba ligada al relato oficial, Danto señala que a partir del surrealismo puede decirse que ya se coloca este movimiento “fuera del linde de la historia,” como le gusta retomar al autor la frase de Hegel. Puesto que en particular, en su momento al surrealismo se le acusó de no ser arte como tal.

En este sentido, el arte contemporáneo sería el que “acontece ahora”⁴¹ que designa lo que sería el arte del presente. Más que un periodo, es lo que pasa después de terminado un relato legitimador y no tanto un estilo artístico.

Ahora habría que preguntarse que sucede en la actualidad. Una tesis posible es la que se apoya en que la historia unitaria fue sustituida por la historia fragmento y esto nos conduce a ser un tiempo sin memoria y por eso recurrimos al pasado, como señalé al inicio. Hoy no se pueden establecer memoriales para los acontecimientos y obras memoriales para la memoria institucional.⁴² En la actualidad, nos enfrentaríamos más bien a la recuperación del espacio territorial y del lenguaje por parte de los grupos. En el Museo ahora como espectador ya no soy testigo: solo contemplo una imagen que se desnudó de significado.

Lo anterior, lleva a interrogar la noción de monumento, o de obra de arte de acuerdo con Arendt,⁴³ como “obra intencional producida como lugar de memoria,” para observar como ha podido darse un deslizamiento, un paso en el culto moderno de los monumentos acarreado otra definición de “subjetividad estética.” Nos enfrentamos a la misma narración, pero teniendo de menos aquello que era efectivamente narrado y por ello no produce el mismo efecto.⁴⁴

III.

El monumento, el Museo, el archivo, el espacio *mnémico*, el lenguaje, se alejan hoy del poder como dispositivos de la memoria. Se modifica su sentido y en el caso del monumento y el Museo, en particular, tendrán que ser reformulados y dar entrada a otras expresiones que den cuenta del vínculo entre memoria y política, así como la posibilidad o no de presentes futuros.

⁴⁰ *Ibid*, p. 28.

⁴¹ *Ibid.*, p. 32.

⁴² Deotte, *op cit.*, p. 41.

⁴³ Ver: Hannah Arendt, *La Condición Humana*, *op cit.*,

⁴⁴ Deotte, *op cit.*, p.41.

Al respecto, sería conveniente retomar la postura de Vezzetti⁴⁵ con respecto a la iniciativa de convertir la ESMA en un Museo de la Memoria y al papel que jugará como generador de un debate que necesariamente desembocará en “conflictos de memoria.”⁴⁶

Como símbolo de la sociedad, el Museo no tiene disputa alguna, donde empieza a enrarecerse el debate sobre su función, es en el tema de la dimensión de verdad. La búsqueda de verdad histórica y social se enfrenta a la pluralidad de intereses y significados y constituye un “trabajo de construcción de esa verdad” que en sentido lato no le corresponde a ningún sector y se enfrenta a la necesidad de someterla a una deliberación amplia.

Aquí el cuestionamiento recae en que papel representa un Museo que de cuenta de la guerra sucia en la Argentina. Vezzetti insiste en la función de la memoria para “bajar” los temas a la sociedad y someterlos a un consenso. Al respecto, cercano al didactismo, señala: “La mejor memoria es la que encarna en la cultura y en la vida social y política de una comunidad.” El problema es cómo garantizar el arribo a la verdad, la pluralidad de puntos de vista y el consenso. Sí el Museo abre el debate, con dificultad generará consensos.

Cambia con los tiempos la finalidad del Museo, sí en el siglo XIX era la encarnación de los logros del poder, hoy será, de acuerdo con Vezzetti, “un símbolo y un espacio nacional destinado a conmemorar y educar para el porvenir.”⁴⁷

En este punto, el Museo constituye un símbolo que favorece la posibilidad de generar un marco de recuperación y sentido al presente y a la manera de Kossellek, que refiere un “horizonte de expectativa.”⁴⁸

Un Museo de la memoria tiene que asumir la presencia de intervención de otros sujetos que no constituyen el Estado y que aparecen con objetivos diversos. De la misma manera, el hecho de que la ESMA haya sido entregada a los organismos de Derechos Humanos para convertirla en Museo de la memoria, lleva, como con razón, aduce Vezzetti, a que no se dé una “memoria ampliada” y a quedar como una iniciativa de una parte de la sociedad y no como política de Estado que trascienda voluntarismos particulares o épocas gubernamentales.

⁴⁵ Vezzetti, Hugo, “Iniciativas Políticas de la memoria: el Museo en la ESMA”, <http://www.elortiba.org/vezzetti.html>.

⁴⁶ Ibid, p.3.

⁴⁷ Ibid, p. 4.

⁴⁸ Ibidem, p. 3.

Ello poco contribuiría a que la memoria museificada pudiera traspasar la sectorialización y trascender la pugna de las diferentes memorias. Con una visión cortoplacista e hiperpolitizada, difícilmente el Museo podría cumplir con un papel de herencia a las futuras generaciones. Lo que Vezzetti clama es una política de Estado sobre la memoria y no el monopolio de los organismos de derechos humanos o de las víctimas, sobre el tema. Para él, la democracia va indisolublemente ligada a una política de Estado sobre la memoria que permita a través de la institución estatal, constituir un cadalso que filtre los intereses de todos los sectores involucrados, desde el ejército y las dependencias de la armada, hasta las generaciones que no lo vivieron, pero que han heredado en forma de memoria el suceso. La complejidad del evento, las diversas valoraciones que se tienen de él, la intencionalidad que se tenga respecto del pasado, sea reparar, transmitir, denunciar o juzgar, dependerá en gran medida del papel asumido por el Estado.